

TANAKA KINUYŌ, DIRECTORA

Quizá la más famosa actriz de cine japonesa, Tanaka Kinōy – permítaseme seguir el uso oriental de anteponer el apellido al nombre propio -, nacida en 1910 y muerta en 1977, fue, según parece, y supongo yo que precisamente por ser una estrella, la primera mujer que dirigió películas en el Japón – que yo sepa, tampoco hubo muchas desde entonces; hoy sólo se me ocurre Kawase Naomi -, pese a lo cual muchos ignoran su carrera como directora, ciertamente breve – tres películas en blanco y negro, y en las que aparecía, aunque nunca como protagonista, entre 1953 y 1955; otras tres, en Scope y dos de ellas en color, entre 1959 y 1962 -, que permanece olvidada, pues han sido películas muy poco vistas y con muy escasa circulación. Intrigado al darme cuenta de su existencia, en un catálogo que usó la Filmoteca en 1990 para programar un ciclo, yo las vi en el Doré y me encontré de repente con que, como unos años antes Narusē Mikio y más tarde Shimizu Hiroshi (con quien Tanaka estuvo brevemente casada, por lo visto en secreto), Goshō Heinosukē y Kinoshita Keisukē, otro enorme cineasta japonés se añadía a Mizoguchi Kenji, Ozu Yasujirō y Kurosawa Akira entre mis favoritos de toda la Historia del Cine.

Hay que señalar que Tanaka interpretó, entre 1924 y 1976, unas 182 películas, y que trabajó, casi siempre varias veces, con prácticamente todos los grandes cineastas clásicos del Japón. Corre el rumor de que ella y Mizoguchi se pelearon a causa de su afán por dirigir, cuando contaba ya 43 años y había interpretado unas 135 películas, quizá porque temía dejar de poder contar con ella como actriz; pero el guión de la primera que dirigió era de Kinoshita, y el de la segunda de Ozu, y diez años después de su muerte Ichikawa Kon hizo una película (mediocre) sobre parte (sólo hasta 1952) de su biografía, **Eiga joyū** (1986/7).

Para mí es un misterio la ignorancia y el olvido en que han caído estas seis admirables películas, todas muy distintas entre sí, todas tan inteligentes y elegantes como conmovedoras y lúcidas, que abarcan desde el intimismo a la acción violenta, el realismo cotidiano (para entendernos, una especie de “neorrealismo”) y el cine histórico, sin signos ostentosos ni evidentes de femineidad, pero con una visión perceptible como una mirada de mujer. Aquí se proyectan la que quizá prefiera de todas – aunque entre las tres primeras es difícil escoger – y las dos que tal vez yo encuentre, aunque magníficas, un poco menos sublimes.

Miguel Marías
